

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 49.—BARCELONA 14 DE MAYO DE 1915



Alambradas que protegen las fronteras de la Prusia Oriental

CRÓNICA INTERNACIONAL

I. Descartando a Rusia.—II. Camino de la paz

I.—Descartando a Rusia

Que la guerra está en sus comienzos y va a prolongarse la campaña uno o dos años más; que los aliados no envainarán las espadas hasta que los germanos estén destruidos; que Francia no ha querido ni quiere tomar la ofensiva, en espera de que se presenten las circunstancias deseadas, que ya no pueden tardar; que Alemania no firmará la paz hasta que Inglaterra haya sido completamente aplastada; que Italia, Rumanía, Bulgaria... ¡Palabras y sólo palabras, con las cuales la prensa de los países beligerantes alimenta el fervor patriótico! Por desmemoriada que la gente sea, no puede olvidar lo que se le viene anunciando un día y otro desde agosto acá, sin que jamás las profecías se realicen y los plazos venzan. En algo se han de entretener las plumas, y la fantasía brinda materia abundante para que los hombres de letras dejen correr la imaginación a su antojo. Pero como no son los literatos, aunque desempolven recuerdos y opiniones añejas—que las hay para todos los gustos—los que han de resolver la guerra, sino las armas, atengámonos a los hechos, únicos elo-

cuentes, y no nos será difícil hacernos cargo de la situación internacional.

Poniendo un dique a los ataques de los aliados en Francia y llevando su acción contra Rusia, Alemania se propone, y va consiguiendo, dejar a Rusia fuera de combate y obligarla a firmar una paz separada. Lanzando a Turquía a la guerra, el Gobierno de Berlín completó sus planes contra Rusia y además desvió la atención de la Gran Bretaña hacia los puntos más vulnerables. Así entablada la campaña, todos los esfuerzos de los austro-alemanes se enderezaron a suscitar la eterna cuestión de Oriente, que es de vitalísimo interés para Rusia. Esta, si la suerte acompañaba en los campos de batalla a sus enemigos, no dejaría de ver que aun cuando venciera a Alemania, resultaría defraudada en sus esperanzas y perjudicada en sus más íntimos intereses nacionales, si otra potencia cualquiera, fuese amiga o aliada, la suplantaba en los Dardanelos y el Asia Menor. ¿Qué beneficios reportaría, en efecto, de la derrota de Alemania? ¿La anexión de la provincia de Posen, de un pedazo de la Prusia Oriental y de un trozo de Galizia? Esas ventajas se comprarían al precio de crearse

una enemistad que más pronto o más tarde daría sus naturales frutos, y complicaría el ya difícil problema de la gobernación interior de tantos pueblos heterogéneos que forman la corona de Rusia y que tascan el freno a regañadientes. En cambio, la pérdida del Asia Menor desvanecería para siempre la soñada ilusión de llegar al Mediterráneo y dar libre salida al mar Negro, hoy verdadero lago.

De aquí el malhumor de Rusia ante las reivindicaciones italianas sobre las costas orientales del Adriático; la alarma y la mal reprimida cólera ante los ataques de los aliados a los Dardanelos; el furor engendrado por el fracaso de las tentativas contra el Bósforo. Este, los Dardanelos y el Asia Menor son para los rusos parte integrante del territorio nacional y jamás han concebido que otro pabellón que el suyo substituya al estandarte de la media luna. Los cañonazos que disparan los barcos franceses y británicos van a herir el corazón de Rusia. Esta se extremeca y quisiera enviar un ejército a las costas de Tracia para llegar al Bósforo y apoderarse de Constantinopla antes que los aliados consigan forzar los Dardanelos, y otro ejército a la Anatolia para avanzar hasta los confines de Siria y acaso los de Mesopotamia.

Pero... los turcos se mantienen firmes en el Cáucaso, y no dejan pensar en la Anatolia, bien protegida por la Armenia; y los alemanes machacando rudamente sobre el muro moscovita, atraen hacia ellos todo el poderío militar del imperio del Norte. Y entre tanto, los aliados jironía del destino! los que se llaman amigos, caminan hacia la presa que constituye el llamado testamento de Pedro el Grande. ¿Para eso ha servido la alianza? ¿De suerte que Rusia ha librado a sus aliados de una derrota inevitable, gracias al sacrificio de sus tropas, para que luego esos mismos aliados la asesten una estocada peor mil veces que la victoria de Alemania?

A que estas ideas, manifiestas y patentes a cualquiera, se abrieran paso en los adormecidos cerebros rusos, ha dirigido Alemania con preferencia sus trabajos diplomáticos. Pero más que sus maniobras, ha sido Inglaterra, apresurándose a obrar sin miramientos, la que ha abierto los ojos a Rusia. No bastaba, empero, con eso; era menester que Petrogrado comprendiera en todo su alcance el profundo error que cometió al hipotecar todo su porvenir en Asia por un puñado de oro que, en forma de saneados empréstitos, le entregaron Inglaterra y Francia. Y a este efecto, convenía que Rusia se debatiera en la impotencia, que se viera atacada por los unos y abandonada y burlada por los otros; había que ponerla fuera de combate.

Golpe tras golpe, Hindenburg va cumpliendo a maravilla este programa; no es ya la Polonia ni siquiera la Lituania la que padece los horrores de la guerra; ésta ha llegado a Curlandia, a la verdadera Rusia, la de fértiles campos abundantes en ricos tubérculos; y al mismo tiempo se castiga a la burocracia y se la sume en la desesperación: aquellos predios dilatadísimos que el paternal gobierno del czar arrancó de las manos de sus legítimos dueños, para castigar su rebeldía en Polonia, entregándolos dadivosamente a funcionarios oficiales, han sido confiscados por los alemanes, como represalias de los atropellos cometidos por los rusos en la Prusia Oriental.

Ahora, cuando el ejército ruso reconoce ya su inferioridad; cuando se ha perdido toda esperanza de derrotar al enemigo, Alemania multiplica sus lanzadas y hiere los órganos más dolorosos del Imperio. No le basta con vencer; ha de amordazar al adversario, ha de agitarlo en la rabia de la desesperación; ha de mostrarle burlonamente cómo sus aliados franco-británicos se aprovechan de las victorias de Hindenburg para hacer leña del robusto troco.

Esta es la finalidad de la campaña contra Rusia. Se trata, más que de vencerla, de hacer que se revuelva airada y adopte posiciones extremas. Que por una vez siquiera sea el verdadero interés nacional quien se sobreponga a todo, en Rusia.

II.—Camino de la paz

Derrotando a Rusia y removiendo sin compasión el cauterio en la llaga, se la pondrá en el caso de salirse de la alianza para pedir cuentas a los que se llaman sus amigos. Firmada la paz con Rusia, o simplemente un acuerdo de suspensión de hostilidades, la paz general no se hará esperar. El alud austro-alemán, se derramará sobre Francia, y el resultado no será dudoso. No hay que insistir en demostrarlo.

Trataron los aliados, por mano y a expensas de la sangre rusa, de obligar a Austria a abandonar a su aliada, y no pensaron que la maniobra podía volverse contra ellos; realmente han abusado de la buena fe y de las fuerzas de Rusia. Y encima de ello, quieren quedarse con Constantinopla y el Asia Menor.

Si la fortuna no abandona a los alemanes, y la campaña sigue desenvolviéndose como hasta aquí, antes de que expire el verano Rusia tendrá que aceptar la paz, por onerosa que sea, y aquel día quedará proclamado el término de la guerra. Las operaciones en occidente no se prolongarán más de dos meses, y al mismo tiempo cesará el estrépito de las batallas en Turquía. Acaso en el centro del Mediterráneo, en los Balkanes, en Egipto, en el interior de Asia, salten chispazos más o menos fuertes, pero la grande hoguera se extinguirá.

No dé crédito el lector a los anuncios y bravuconerías de los que dicen y perjuran que van a combatir años y años. Hindenburg tiene la palabra, y de él depende que la anhelada paz sea pronto un hecho, que no son los beligerantes, sin excepción de unos y de otros, los últimos en apetecer fervientemente.

Nuevas sombras, sin embargo, obscurecen estos risueños horizontes.

F. LARIN.

LA SITUACIÓN ACTUAL DE LAS NACIONES BELIGERANTES

IV.—Alemania

La fuerza intrínseca de Alemania reside, al igual que en Francia y al contrario que en Inglaterra y Rusia, en la pequeña propiedad rural. La riqueza está muy dividida y el bienestar alcanza a muchas familias, aunque sean en contado número las que reúnen en sus manos los inmensos patrimonios de los próceres británicos y moscovitas. La extensión prodigiosa del comercio y el rápido desarrollo de la

industria atrajeron, lo mismo en Alemania que en los demás países, gran parte de la población campesina hacia las grandes urbes; merced al gran número de nacimientos se evitó muchos años un desequilibrio peligroso, traducido por la despoblación de las comarcas agrícolas y el abandono de los cultivos del campo, pero al cabo el éxodo hacia las ciudades comenzó a inquietar a los gobernantes alemanes, cuya preocupación ha sido siempre que la industria y el comercio tuvieran firmes raíces en la agricultura. En esto se diferencia esencialmente Alemania de Inglaterra: en aquella se procura por todos los medios que las primeras materias sean nacionales, y se han especializado las labores hasta llegar a un alto grado de perfección; en la segunda, no se hace más que transformar las materias que entran de todos los rincones del mundo, para devolverlas una vez manufacturadas. De consiguiente, la industria británica es más artificiosa que la alemana, y tenía que ser derrotada necesariamente el día que ambas se sometieran a la libre competencia. Además de esto, el espíritu de organización alemán y lo arraigado de la disciplina, frente al individualismo inglés y al exagerado afán de economía de los franceses, no podían menos de contribuir a que en la esfera mercantil el imperio destronara a los dos países que de luengos años venían monopolizando todos los mercados.

La organización y la disciplina alemanas no son innatas en los hijos de aquel pueblo, ni se han improvisado en cuatro días: son obra del ejército. Con una previsión que jamás será bastante alabada, los gobernantes alemanes de un siglo a esta parte comprendieron que el ejército no debía ser solamente el brazo robusto que defendiera la integridad del suelo patrio o contuviera a los enemigos; pasando por las filas, bajo un pie de perfecta igualdad, lo mismo el príncipe que el pordiosero, debía hacerse del cuartel la escuela del buen ciudadano, el lazo que uniera a todos en los grandes ideales y necesidades de la nación, y el taller que preparara a cada cual para el buen desempeño de la profesión o método de vida que luego abrazara. Contra la crisis de la despoblación rural, los hombres de Estado alemanes utilizaron el cuartel, donde se dieron — y se daban cuando estalló la guerra — enseñanzas agrícolas, se hicieron prácticas notabilísimas, y se despertó en muchos jóvenes una afición, que parecía extinguida, hacia las labores de la tierra; el cuartel sirvió también para que los futuros empleados de las grandes compañías, de las importantes casas comerciales, fábricas, talleres, etc., aprendieran a conocerse y estimarse, a respetar al superior los inferiores, y a considerar y tener caridad hacia los subordinados, el superior. Todos y cada uno de los alemanes se persuadieron en el tiempo de su servicio militar, que a donde no llegaba el esfuerzo individual o aislado, alcanzaba fácilmente el colectivo; que ningún negocio ni empresa estaba cerrado a nadie, a condición de que se aportase la buena voluntad, la disciplina social y una laboriosidad sin límites. En una palabra, el cuartel alemán es la escuela de la ciudadanía. Fuera esto imposible de lograr, sin embargo, si todas las clases directoras y los elementos pensadores no se percataran de la bondad de la obra y la apoyaran con todos sus esfuerzos. Desde que la inteligencia del niño se abre a la luz de la razón, hasta que anciano y caduco

empieza a gozar de algún descanso, al súbdito alemán se le convence por todos los medios de que no puede haber patria sin ejército, que el ejército no es sólo el instrumento armado, sino la esencia misma de la patria, y el medio único por el cual se consigue ser útil a la colectividad a la vez que a sí mismo.

Se comprende que un pueblo así educado, crecido en la austeridad y en el trabajo, deje atrás a sus rivales en todas aquellas empresas que exijan organización, perseverancia y comunidad de esfuerzos; y que si en ciertas disciplinas que florecen mejor a favor de la independencia mental, hay quien los supere, nadie los puede igualar en las ramas de la actividad que dan por resultado el progreso material. La fabricación, la industria y el comercio británico y francés quedaron condenados a muerte; el gran culpable fué el *militarismo* alemán, no el militarismo que formaba soldados, no: el que creaba trabajadores, el que producía contrincantes y operarios.

Y vino la enemiga contra el llamado *militarismo* alemán, más amado y querido por los alemanes cuanto más se le vilipendiaba y escarnecía. Había que acabar con ese militarismo, esto es, no con el ejército, pero sí con la organización social que en él se engendraba y fructificaba. Era menester que la holganza, la disipación, el egoísmo personal, el caos en el Imperio, volviera a hacer posibles los pingües y fáciles negocios de los plutócratas rivales, a expensas de las colonias y conquistas realizadas por la fuerza de los cañones y los barcos. La guerra estalló.

Con asombro de los que sólo conocían las cosas por sus nombres y jamás se habían asomado al interior de la vida alemana; con sorpresa de los eruditos a la violeta y de la legión que cree que la libertad consiste en atropellar el derecho del vecino y la democracia en que nazca un rey en cada uno, a la voz de su Emperador los alemanes, como un solo hombre y sin más que una voluntad, extendieron la disciplina y mostraron la organización aprendidas, convencidos de que la unión les haría invencibles, mientras que la discordia les arrastraría a la perdición; del bien de los demás depende el de uno mismo, es la idea que domina en Alemania; esta es la fuerza, fuerza incomparable, del pueblo alemán. Más allá de sus fronteras campea otro pensamiento: primero mi beneficio, después el colectivo, y si el deber me obliga a prescindir del mío, lo renunciaré gustoso, pero no convencido, y desconfiando de la acción de los demás.

Dos hechos, entre mil, patentizan el modo de ser de los súbditos del Kaiser. No hay un solo alemán que no esté persuadido de la torpeza de la diplomacia de su país; todos la admiten y la reconocen, pero nadie, ni en el seno de la familia, se duele de ella y la lamenta estérilmente. ¿Para qué? Es un hecho consumado e irremediable; la única manera de repararlo es olvidarse de él, dejarlo a un lado, para evitar que crezca la cizaña y se extienda la discordia.

El conflicto de la escasez de trigo hubiera puesto a prueba el buen espíritu y patriotismo de cualquier nación; véase lo que sucede en Inglaterra con el consumo de alcohol, problema que el Gobierno no se ha atrevido a atacar de frente y que ha dado ya lugar a negocios en grande escala. En Alemania bastó que el gobierno expusiera con claridad la situación, para que todos acataran de buen grado, sin alarmas ni



Una reserva de infantería alemana, aguardando la orden de marchar a la línea de fuego, en el N. de Francia

protestas, las reglamentaciones sobre la fabricación y el consumo de pan. A nadie se le ocurrió siquiera el pensamiento de que los gobernantes ocultaran algo o disfrazaran la verdad. El alemán sabe que no se substraerá de su conocimiento nada que le interese y que la verdad le será dicha, sea agradable o triste. ¡Hermosa prueba de la seriedad y honradez de las clases directoras, que obrando así han conse-

guido captarse la confianza ciega de la opinión pública!

En los primeros meses de la guerra, el odio de los alemanes se dirigió contra Rusia, país que no tenía motivo alguno de enemistad con Alemania. Tanteados los dos frentes, el gran cuartel general decidió terminar primero la campaña contra Rusia



Una manada de lobos ataca a un portador de órdenes ruso, en la frontera de la Bukovina (Dibujo de Max Tilke)

para concertar una paz aislada, y apenas elegido este plan se preparó, con seis meses de anticipación, un cambio en el modo de pensar de las masas, que facilitaba la reconciliación en su día. El furor contra Inglaterra substituyó al odio contra Rusia, bastando para ello media docena de artículos de periódico. Francia comenzó y siguió siendo la nación mimada, a la que se trataba como a la niña coqueta y caprichosa que ha caído en gracia; recientemente ha cambiado la decoración y las lenguas alemanas se expresan con más crudeza al referirse a sus vecinos del oeste. Consecuencias: el gran cuartel general cree vencer decisivamente a los franceses, y el pueblo ha de estar dispuesto a apoyarle el día en que al vencido se impongan condiciones duras, que hagan imposible la repetición de un hecho tan poco loable como el de inculcar durante cuarenta y cuatro

más digna. ¿Habrá llegado Alemania a su pináculo y se vislumbra ya su ocaso? La guerra ha desterrado esos peligros y afeminamientos; todos han visto que el día que se cambien los tiempos de hierro por los de oro, el oro y el hierro desaparecerán juntos; hay que volver a la Alemania de nuestros padres, se dicen todos y lo practican. Porvenir, industria, riqueza, todo se sacrifica: lo primero es existir. Cuando un pueblo de 70 millones de habitantes se conduce de este modo, su porvenir está asegurado; aunque ahora fuera derrotado, antes de cincuenta años resurgiría más potente y sería invencible. Alemania no ha rendido aún todo su tributo a la civilización y por consiguiente su caída está muy lejos en la evolución histórica. Ese alto en el camino del refinamiento y su regreso a las costumbres de los tiempos de prueba, es una gran victoria de los alemanes; que



Una trinchera francesa en lo alto de los Vosgos

años, en los tiernos corazones de los niños galos, el odio sin límites a Alemania y concentrar toda la política internacional en el deseo de aplastar al aborrecido rival. ¡Ah, si se alzarán de sus tumbas las víctimas de la ambición francesa y los demás pueblos mostraran la misma ética! ¿Qué sería del feraz Rosellón y de Saboya y de Flandes y de Niza y de Tunes, de Orán, de Argelia; qué de Cerdeña, de Vasconia, de Córcega y de tantas y tantas islas y archipiélagos?

Con la prosperidad y la abundancia, la molicie y la desmoralización aparecieron en las grandes urbes alemanas; la sobriedad, las costumbres patriarcales, la recogida vida de familia, los hábitos austeros, reflejo de los espartanos, que hicieron de la Prusia de 1805 la Alemania de 1870, se bambolearon. Cuando una nación—véase la historia—llega a la cumbre de su civilización y esplendor, desciende acto seguido por la ladera de la decadencia, y deja su sitio a otra

venzan ahora o dentro de medio siglo, nada significa en el proceso de la humanidad; a distancia, ambas fechas se confundirán en una sola: Alemania ha de prevalecer sobre los pueblos caducos de occidente y los en vías de formación de oriente; después habrá sonado su hora y se despeñará hacia la ruina; antes, han de transcurrir uno o dos siglos.

Uno de los más terribles aspectos del pensamiento del pueblo alemán, unánime, víctima de la injusticia—hay que declararlo sin rubor—, es haberse abrogado el título y la calidad de justiciero. Cuando la guerra termine, piensan todos, desde el canciller al mancebo que aun no ha pisado los umbrales de la juventud, haremos plena justicia al mundo; nuestra espada victoriosa se pondrá al servicio del derecho. Cual nuevos paladines de la buena causa, los alemanes se proponen castigar al perjurio, al desleal, al ambicioso y al ruín, y premiar al noble y al que ha obrado rectamente. Pero ¿qué humano será nunca

capaz de disputar dónde está el bien y dónde el mal, tratándose de juzgar a pueblos que laboran por la existencia y el porvenir de sus patrias respectivas? Si Alemania derrota a sus rivales y quiere ejercer una hegemonía incompatible con la variedad del Universo, sometida solamente a la unidad en el orden sobrenatural, o sea la Divinidad, ¿no incurrirá en tremendas equivocaciones, que abrirán una espantosa era de conflictos y guerras?

Mas no podrá cargarse toda la culpa al Imperio. Ingleses y franceses han hecho lo indecible por concitar contra Alemania a todos los pueblos de la tierra. La gran prensa aliada se atribuye la representación del mundo, y el mundo, atónito y sobrecogido, ni protesta de ese abuso, ni mañana se sorprenderá de la venganza de Alemania. Cegado por las pasiones desencadenadas que vienen desde detrás de los campos de batalla, confundido y anonadado por tanta y tan poco escrupulosa falsificación de la verdad, el mundo está sin pulso y no puede ser responsable de las procacidades y violencias de lenguaje de los unos, ni del furor vindicativo de los otros; aun no ha formado juicio exacto, y para convencerse de ello basta recordar que la vida sentimental de los países neutrales se encuentra fuera de las fronteras de la patria, y que todas las miradas están fijas en alemanes o aliados, en lugar de volverlas al interior del país para sopesar los intereses nacionales.

Si el mundo está contra nosotros, nosotros habremos de arreglar y hacer justicia al mundo, piensan los alemanes. Las imprentas de París y Londres han propalado aquel absurdo, y de él nada bueno podemos esperar los neutrales. Que Alemania se atribuyese el papel de árbitro universal, sería la única consecuencia grave que para nosotros podría ir aparejada a su triunfo. No estaría de más que nuestra prensa hiciese comprender fuera de España que no nos representan los rotativos de Londres y París, y que estamos ahitos de que con buenas palabras y elevados principios se encubran los egoismos y apetitos de naciones que no son la nuestra. Cuide cada cual de sus negocios y deje en paz a los ajenos, que gracias a Dios no necesitamos mentores, cuyos servicios nos han costado siempre muy caros.

La confianza en la victoria ha ido cada vez en aumento en Alemania; pero, aquellos entusiasmos y arrebatos de los primeros meses, que no se contentaban con menos que hacer una nueva Rusia y destruir a Inglaterra, se han ido templando y haciéndose más prácticos. Hoy las corrientes van por otros cauces: se tratará a Rusia con benevolencia, acaso quepa una inteligencia con la Gran Bretaña, luego de haberle arrancado las garras; Francia y Bélgica sufrirán la ley del vencido. Finalmente, así como el poder militar de Turquía ha renacido en un año, la China, que sigue bajo la influencia alemana, recibirá una misión militar, y antes de veinte años el Japón será tratado sin piedad, de un modo implacable.

¿Se realizarán las esperanzas de Alemania? ¿Quién sabe!

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

Un libro interesante

(El señor A).—¿Otra vez con libros, don Subrio? ¡Buena nos va a caer!

—No se asuste V.; son de un general francés.

(El señor B).—¿Del general Cherfils, aquél que llamó *toreadores* a los rusos?

—No tal; de un general eminente, de uno de los pocos franceses que veían claro en el porvenir: el general Maitrot. Este libro que Vds. ven, es una recopilación de artículos escritos en 1911, con notas y observaciones de julio de 1914. Leyéndolos, parece que se asiste al desarrollo de la presente guerra. La invasión alemana se expone de mano maestra, aunque, claro está, el autor confiaba que la maniobra envolvente por Bélgica sería frustrada a tiempo por el ejército francés.

(El señor B).—¿Cómo se titula la obra?

—*Nos frontières de l'est et du nord*; cómprenlo Vds., y no les pesará; no cuesta más que dos francos cincuenta.

(El señor A).—¿Podría V. leernos algo que nos interesara?

—Con mucho gusto. El autor expone que la idea de invasión por Bélgica se debe al general von Bernhardt, de quien se mofó despectivamente el coronel francés Boucher, y escribe: «De modo que el general de Bernhardt no ha dado pruebas de «mediocridad como estratega» preconizando la ofensiva alemana por el S. de Bélgica, y no parece que tenga necesidad de «volver a los bancos de la Academia de guerra de Berlín para reparar a su Clausewitz». Nosotros (los franceses) no deseamos más que una cosa, a saber, que el ejército francés posea muchos generales de su saber y de sus dotes. Rendir justicia a un enemigo de valer es un sentimiento demasiado natural para que se nos pueda reprochar por ello.»

(El señor B).—¿Creían los ingleses que los alemanes entrarían en Bélgica?

—Oiga V. lo que dice el general Maitrot: «En el *Morning Post* ha aparecido (1911) un artículo escrito por uno de los oficiales más distinguidos del ejército inglés, que confirma cuanto hemos dicho.» Y después de extractarlo, concluye: «No nos desagrada encontrar en otro país argumentos en favor de la tesis que hemos sostenido, esto es, que los alemanes tratarán de envolvernos por Bélgica, y que la situación militar de Bélgica no es bastante fuerte para hacer respetar su neutralidad.»

(El señor A).—¿Se ocupa también el general Maitrot en la cuestión política?

—Con más clarividencia que en la militar, porque en esta última no se atrevía a creer que la maniobra alemana por Bélgica se desarrollara tan al O. Atiendan Vds. a estos párrafos que dedica a Italia:

«La respuesta es sencilla y cruel: en 1870, once años después de Magenta y Solferino, Francia, atacada y batida, se volvió hacia Italia. Esta permaneció sorda a sus llamadas, a pesar de que ningún tratado la ligaba con Prusia. Victor Manuel, el rey caballeresco, que había peleado en las llanuras de Lombardía al lado de Napoleón III, sólo permitió que partieran en socorro de Francia algunas bandadas

de garibaldinos, cuyas tristes hazañas en Dijon y los Vosgos viven aun en la memoria de los habitantes. Contar ahora, cincuenta años después, con la «gratitud» de Italia aliada de Alemania, es dar señales de una inocencia excesiva. No nos hemos de forjar ilusiones, sino convencernos de esto: no hay un italiano que crea deber la menor gratitud a los franceses por su intervención en 1859...

(El señor B).—Tampoco creen deberla a los prusianos por su intervención en 1866.

—Exacto. Continúo: «Les parece que nos han pagado ya, acaso demasiado: no se trataba de un favor, sino de un negocio. Un negocio puede ser siempre revisado. Italia abriga el ardiente deseo de recobrar Niza y, por otra parte, no perdonará jamás a Francia la ocupación de Tunes, en donde tiene una colonia numerosa y próspera, y sobre el cual país pretende tener derechos como heredera de Roma. Su interés la empuja hacia la Triplice, contra Francia. Pero también tiene el deseo, no menos ardiente, de quitar a Austria, Trieste y el Trentino, y para ésto debe marchar al lado de Francia, contra Austria y Alemania. *Cruel enigma, que resolverá Italia contemporizando, y entrando en la liza lo más tarde posible y al lado del vencedor.*»

(El señor A).—¡Me deja V. atónito! ¡Qué claridad de juicio!

—Y tenga V. presente que esos párrafos fueron escritos en 1911. A continuación copia el general Maitrot un artículo del diario de Berlín *Berliner Tageblatt*, que dice así:

«En el caso de una guerra franco-alemana, las provincias del Piamonte y de Lombardía, que son las más fuertes del Reino, *rehusarán probablemente tomar partido por Alemania*. Como consecuencia, Alemania debe considerar como labor única, en este momento, consolidar el imperio turco. La bomba de Trípoli ha venido a comprometer estos esfuerzos. Inglaterra y Francia conocían ya en el mes de agosto (1911) el bandolerismo de Italia, pero ésta había olvidado el avisarnos, de suerte que Italia ha faltado al espíritu de la alianza, sino a su texto. Las más elementales razones de conveniencia habrían debido aconsejarla que orillase estas dificultades. Italia, sin embargo, ha tratado a Alemania y Austria como factores despreciables. Ante esta afrenta, muchos patriotas alemanes aguardaban que Alemania tomase una actitud enérgica. Austria parecía vacilar. El cañoneo de Preveza, ejecutado por el «jefe de los Abruzzos», ha puesto fin a todas las ilusiones austriacas. El lenguaje extremadamente enérgico de toda la prensa vienesa ha debido ser aceptado, de bueno o de mal grado, por Italia, pero no ha hecho más que aumentar el odio del verdadero italiano

contra los tudescos. ¿Cerrarán los ojos en Berlín? ¿De qué nos sirve Italia? Muchas veces la hemos necesitado en las negociaciones diplomáticas, y siempre la hemos encontrado en las filas de nuestros adversarios. *Sabemos muy bien que no nos prestará ninguna ayuda en el concepto militar, y que siempre estará atenta a caer sobre las espaldas de nuestra aliada, Austria*. Desembaracémonos de la Triplice, que ha vivido demasiado. Estamos cansados de una alianza que sólo existe en el papel; Alemania y Austria se bastan y pueden hacer frente a una coalición europea; ya lo hemos visto cuando el asunto de la Bosnia, que encontró a Italia al lado de nuestros adversarios. Alemania es más fuerte cuando la alianza está en Viena que con Italia. La amistad de Turquía nos es más útil e importante que la de Italia. El pueblo alemán, unánime, ha hecho su elección. Esperemos que *también el Gobierno comprenderá que nuestro interés en el conflicto italo-turco es idéntico a las simpatías de la nación en masa.*»

(El señor B).—¡Qué claro veían los alemanes!

—Los alemanes, sí, pero no el Gobierno de Berlín.

(El señor A).—¿Dice algo el general Maitrot de los propósitos belicosos del Kaiser?

—No habla del Kaiser, pero con las líneas que voy a leer se comprueba, si aun fuera menester la demostración, que Alemania dejó escapar las mejores ocasiones para lograr un triunfo fácil y rápido y tuvo que aceptar la guerra cuando todo se había reunido contra ella; es decir, que ha sido la agredida y no la agresora. Y si no lo creen Vds., oigan bien estas palabras del ilustre general francés (página 5): «Antes de que fuese votada la ley libertadora que, 1913, ha restablecido el servicio de tres años, las tropas de cortina atravesaban un período particularmente difícil, el que media desde el 25 de septiembre, fecha del licenciamiento del contingente más antiguo, al 1.º de marzo siguiente, época en la cual los reclutas incorporados en octubre son considerados como *movilizables*, es decir, en disposición de entrar en campaña. Todos los años, durante cinco meses, del 1.º de octubre al 1.º de marzo, las unidades de cortina quedaban reducidas a 70 hombres por compañía de infantería, 80 hombres por escuadrón de caballería, 50 hombres por batería. Les era imposible desempeñar su misión de protección, era la frontera abierta. Es asombroso que Alemania, que conocía esta situación, no se haya aprovechado de ella para atacarnos durante este período crítico. ¡Hubiese sido el éxito seguro para ella!»

Esto lo escribió el general Maitrot en julio de 1914, pocos días antes de estallar la guerra.

SUBRIO ESCÁPULA.

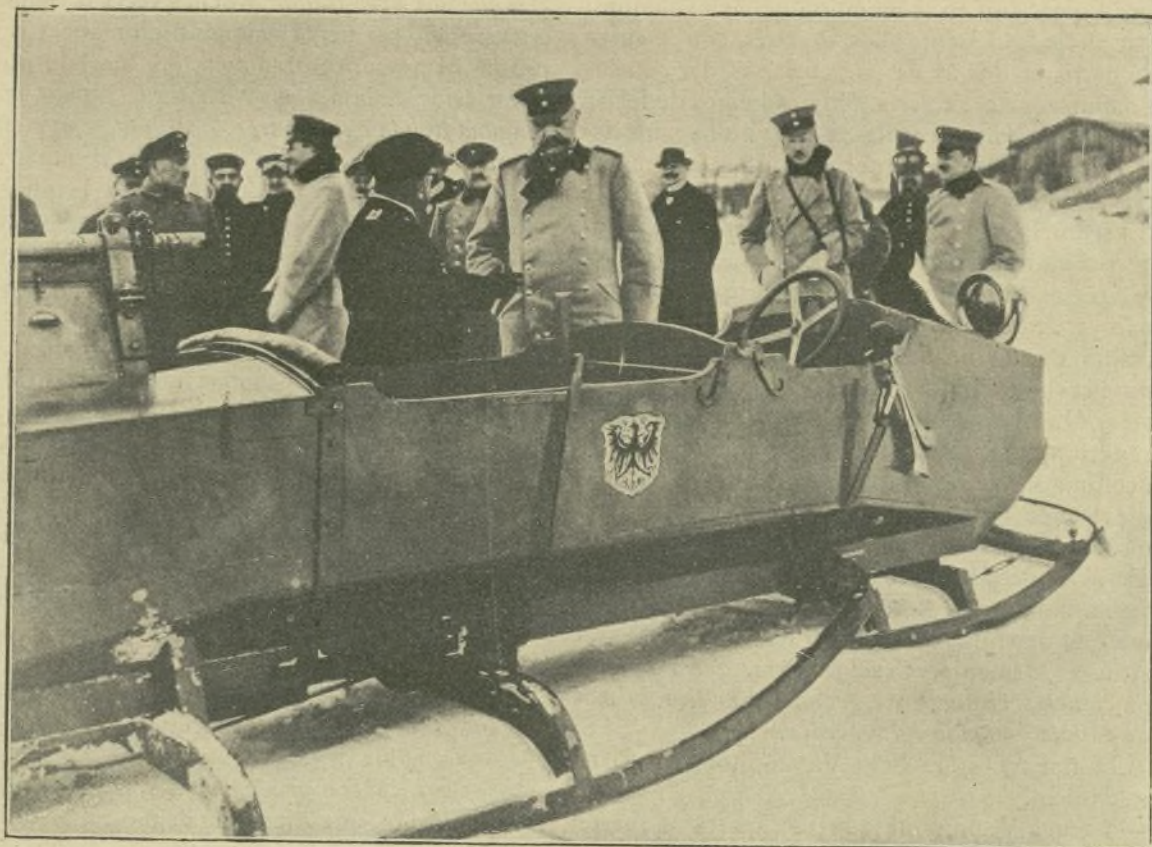
CRÓNICA MILITAR

I. El flujo y reflujo en Oriente.—II. La decisión de la guerra está en el teatro oriental.—III. La declinación del poderío militar de Rusia.—IV. La incursión alemana en el N. O. de Rusia.—V. Objetivo probable de la invasión de Curlandia.—VI. La campaña en Galizia y los Cárpatos.—VII. La campaña en el teatro occidental.—VIII. La situación el 10 de mayo.

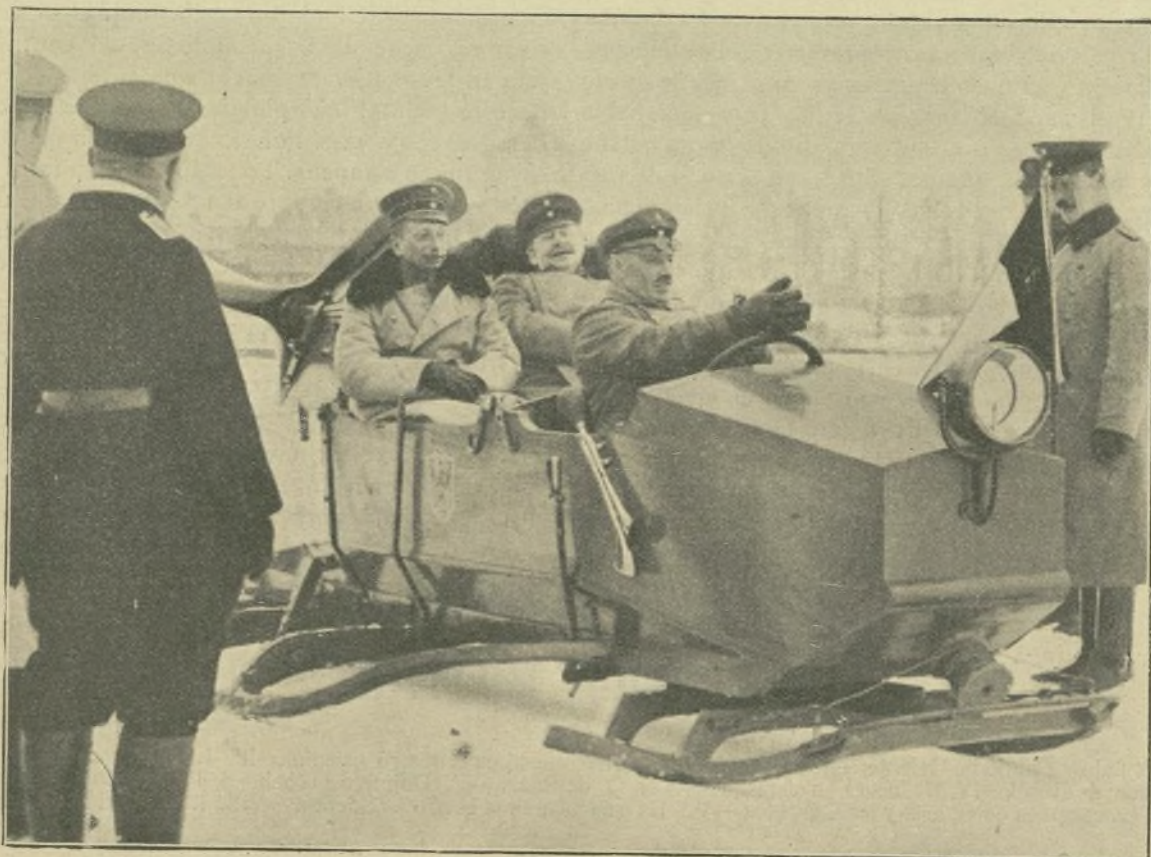
1.—El flujo y reflujo en Oriente

Es creencia corriente que la guerra está indecisa, que las operaciones militares no han servido para

acercarnos a la paz, y que la situación general es aproximadamente la misma que en el mes de agosto. De esto a deducir que las armas son impotentes



El feld-mariscal von Hindenburg, examinando un trineo automovil



El hijo menor del Kaiser, príncipe Joaquín, en un trineo automovil movido por una hélice; sentado a su izquierda un coronel



Embarque en un puerto de Tunez de tropas coloniales francesas, con destino a Oriente



Entierro en el N. de Francia, de un oficial de zapadores muerto en el campo de batalla

Ayuntamiento de Madrid

para poner fin al conflicto, no hay mas que un paso; y se espera que la bienhechora nueva resulte de algo independiente de la acción de los ejércitos: de la intervención de algunas potencias; del agotamiento económico de ciertos beligerantes o del hambre de otros; de la mediación de un tercero; de un movimiento popular; del instinto de conservación de todos...

Sin embargo, aunque la guerra no se ha pronunciado resueltamente a favor de nadie, las armas están preparando hace tiempo su solución, y comienza a verse claro que las operaciones militares van aproximando cada vez más de prisa la anhelada fecha del término de la guerra. En rápida síntesis, recordemos los puntos salientes de la campaña en el teatro oriental.

En él, el único objetivo que puede dar el triunfo completo a los austro alemanes es la destrucción del ejército ruso, o su inutilización para la ofensiva, completada con la interposición entre él y las fronteras germanas, de una vasta faja de territorio—la Polonia—capaz de detener por sí misma al ejército moscovita, supuesto maltrecho. El objetivo de los rusos no está en Berlín, fuera de su alcance en lo que humanamente puede preverse, sino en la destrucción del ejército alemán del E. y en la ocupación de Hungría. Los dos beligerantes han luchado desde el primer momento, y luchan aún, por los objetivos expresados, y no por otros.

En agosto, los rusos invaden la Prusia oriental, y en la última decena del mismo mes y la primera de septiembre los alemanes les destrozan, y en victorioso avance llegan a la vista del Narev y el Niemen. Rusia se rehace, llama a sus reservas, organiza nuevos ejércitos, y en octubre vuelve el reflujo hacia el O.: la Prusia Oriental es invadida por segunda vez, pero ya no tan a fondo, porque los rusos se apartan poco de la frontera. ¿Han sido ineficaces acaso las victorias de Tannenberg e Insterbug? Los hechos van a responder. La segunda invasión rusa concluye en los primeros días de febrero, consecuencia de aquella serie de batallas que se resumen en el nombre, para siempre memorable, de Augustovo.

Nuevamente marchan los alemanes sobre el Niemen y el Narev, pero su adversario todavía tiene fuerzas para resistir; recomienza la contra-ofensiva en Grodno y se va extendiendo hacia el S.; más sin necesidad de llegar a la frontera, sin apelar a cuerpos de refresco, con las solas fuerzas allí apostadas—bastante escasas,—los alemanes la contienen casi en las mismas posiciones extremas que alcanzaron en febrero, y a últimos de abril vuelven a arrojar a los rusos a los ríos expresados; Ossoviéc, atacado en marzo, no deja de ser cañoneado, y nada puede el ímpetu moscovita contra el cuerpo que amenaza cortar por el centro la gran línea de plazas rusas. De donde se deduce que si los rusos se repusieron de su primer fracaso, no han podido reponerse del segundo, y que ni siquiera han sido capaces de hacer retroceder a sus adversarios del territorio que ocupan en los Estados del Czar. Como complemento de lo anterior, digamos que a la incursión rusa hasta Memel, responden los alemanes entrando por asalto en Tauroggen y penetrando más de 100 kilómetros en la Lituania del Norte, según la línea del Dubissa.

En la Polonia septentrional, al N. del Vístula, la

ofensiva alemana pronunciada desde Thorn y Mlava en septiembre, termina con un retroceso; no es más afortunado el avance ruso en octubre; se paralizan las operaciones en este sector, pero desde últimos de diciembre se acentúa la superioridad moscovita, y en enero se llega a decir que va a peligrar la plaza de Thorn; un mes más tarde, empero, los rusos son barridos; la concentración de sus fuerzas en Przasznisz sólo les da un éxito efímero, y desde Chorzele, por el O. de Przasznisz, hasta el E. de Plock, queda en manos de los alemanes. Ya no es Thorn quien va a estar amenazada, sino Novo Georgievsk. La consecuencia que se infiere es la misma que la de las campañas en la frontera de la Prusia Oriental.

En la Polonia, en septiembre, los rusos, con cortas fuerzas, van acercándose a Silesia, ¿se pondrá sitio a Posen y Breslau? Una reacción ofensiva de los alemanes obliga a retroceder a sus adversarios, mas cuando va a llegarse a la línea Varsovia—Ivangorod, se desenvuelve la segunda ofensiva del gran duque; apenas detenidos los alemanes en el Varta concluye su retirada, y en rápida sucesión de victorias que se compendian en la de Lodz, consiguen adueñarse de gran parte de Polonia y se afirman sólidamente en el Bzura y el Ravka; extiéndense al S. por Kielce y el curso del Nida. Sucesivamente, también en este sector se ha debilitado la acción rusa y se ha robustecido la alemana.

En Galicia, la ofensiva austriaca concluye en un completo fracaso; en septiembre los rusos se extienden por la Galicia, ascienden por los Cárpatos, los rebasan y comienzan a desembocar por los altos valles que conducen a Hungría; el enérgico contragolpe del defensor, arroja al enemigo hacia el N., Przemysl es socorrida, y por un momento parece que va a ser recobrada toda la Galicia. Pero el gran duque concentra allí la masa principal de sus fuerzas, vuelve a ocupar los pasos occidentales de la cordillera, pasa el Dunajec, envuelve a Cracovia por el S. y se coloca en el arranque de la principal arteria que conduce a la capital de Hungría. La situación es verdaderamente crítica para los austriacos. Pero, como en Lituania y como en Polonia, queda por decir la última palabra. Con el apoyo de los alemanes, toman la ofensiva los austriacos, recuperan la izquierda del Dunajec, cubren las salidas de Hungría y avanzan en los Cárpatos, sin conseguir, con todo, desalojar a los rusos de los pasos de Dukla y de Lupkov. El esfuerzo sólo da resultados en el O., pero no en el centro y en el E.

Quebrantado y medio impotente el ejército ruso en los teatros del N., el gran duque decide llevar a feliz término la invasión de Hungría, y los refuerzos acuden sin cesar a los Cárpatos. Se ejecute entonces la tercera tentativa, que muchos creen irresistible; con el apoyo de las tropas sitiadoras de Przemysl, plaza rendida en marzo, el alud ruso se precipita hacia el S.: el valle del Laborcza oye las pisadas del invasor, Bartfeld caerá de un momento a otro, el paso de Uszok, que conservan los austriacos, no podrá resistir mucho. Pero la victoria de Augustovo ha devuelto a Hindenburg la plena libertad de movimientos, y varios cuerpos alemanes marchan a los Cárpatos; a su llegada, se emprende la maniobra de flanco sobre Strij, e instantáneamente se cesa de ha-

blar de Bartfeld, no se cita ya el valle del Laborcza, son los austro-alemanes quienes atacan, y la línea rusa pasa a la defensiva.

De esta suerte, a pesar de que en los Cárpatos opera el ejército ruso principal, resulta que en el primer flujo los moscovitas llegaron a los altos valles de Hungría, al S. de los Cárpatos; en el segundo, atravesaron el Dunajec, rebasaron Neu Sandec, ocuparon las cumbres de la cordillera, menos las de la región de Uszok, y pusieron su planta sobre el Laborcza; en el último, se detienen al E. del Dunajec, abandonan el Laborcza, y si aun conservan un pedazo de cordillera, pierden terreno en el E. Como en las campañas de Polonia y Prusia, también aquí se debilita poco a poco el esfuerzo ruso, pese a empeñarse en él la masa principal.

En la región extrema de la inmensa línea, Galizia oriental y Bukovina, la ofensiva rusa en octubre no puede ser más afortunada: no sólo el invasor ocupa aquellas provincias, sino que empieza a escalar los montes de la Transilvania y se prepara a invadir esta última región. Lo mismo que en los Cárpatos, acuden los alemanes en socorro de sus aliados, repelen al enemigo, limpian casi toda la Bukovina, cruzan el Dniester y se acercan a la frontera rusa; por el O., Nadvorna y Colomea caen en sus manos, y gran parte de la Galizia oriental vuelve a poder de sus dueños. La segunda ofensiva rusa se detiene a poca distancia de la orilla S. del Dniester, mucho antes de llegar a Czernovitz; en cambio, el segundo empuje austro-alemán, además de recobrar el territorio perdido, abre la frontera, y los aliados entran en Besarabia, donde se encuentra actualmente la caballería alemana.

Se ve, por consiguiente, que en la serie de campañas que han tenido lugar desde el Báltico a los linderos de Rumanía, los movimientos de los ejércitos beligerantes se asemejan al flujo y reflujo de una masa de aguas desbordada, cuyo nivel de equilibrio va corriéndose cada vez más hacia el E. El lector deducirá fácilmente por sí mismo: 1.º Cuál de los dos adversarios está más cerca de lograr su objetivo; 2.º Si puede motejarse de ineficaz o estéril la acción de las armas en el teatro oriental.

II.—La decisión de la guerra está en el teatro oriental

Aunque la decisión de la guerra está en el teatro oriental, la exhuberancia de noticias y presagios de sucesos felices que se encuentran en la prensa franco-inglesa, la extensión y la fraseología sugestiva que se dedican a la toma de una trinchera o la conquista de un mogote de tierra, y el empeño en presentar como más favorable cada día la situación de los aliados en Francia, inducen a las más de las personas a creer que lo que acontece en las fronteras de Rusia es secundario y que la clave de la guerra se encuentra en el teatro del oeste. No es así, sin embargo: en todo caso, la últimas batallas, la acción final, se librarán en Francia, pero la guerra se decidirá en oriente.

El ejército ruso plenamente movilizado iguala en número al alemán y al austriaco reunidos. Si los rusos tienen inmovilizados unos 150.000 hombres, a lo sumo, en el Cáucaso (lo probable es que no lle-

guen a 100.000), los austriacos han destacado una masa equivalente al Trentino y el Tirol, y los alemanes mantienen en Baviera cerca de un millón de hombres, en previsión de que se presente un nuevo adversario. Y como todo el ejército francés—inferior en millón y medio de hombres, al ejército alemán—está en el frente de batalla, reforzado por 600.000 ingleses y algunos millares de belgas, resulta que si todas las tropas alemanas estuvieran en el oeste, habría equilibrio de fuerzas entre los dos bandos, de la misma manera que existiría el equilibrio en oriente si todo el ejército alemán, con el austro-húngaro, se encontraría en presencia de los rusos. Y como no es de humanos el don de ubicuidad, ha de inferirse que los alemanes sostienen las dos campañas con fuerzas menos numerosas que las de sus adversarios del E. y del O.; afirmación no nueva, ciertamente, porque desde octubre no han cesado de repetirla los periódicos de los aliados, pero que importa recordar para hacerse cargo de lo que sigue.

De este resumen general de fuerzas se deduce, lógicamente, que la ofensiva estratégica debiera corresponder a los aliados en el O. y a los rusos en el E., con mayor motivo si se considera que los unos y los otros operan en su propio territorio y están más cerca de sus bases y más en contacto con sus comunicaciones de todos géneros. Con todo, en materias de guerra, como en todo aquello en que la voluntad es el primer factor, no siempre los acontecimientos se desenvuelven con sujeción a la lógica. Pese a su inferioridad material, los alemanes no han renunciado jamás a la ofensiva estratégica, y su iniciativa se impone a la de sus rivales.

Es verdad que los rusos han tratado repetidamente de asumir esa ofensiva, pero ha sido con timidez, limitada a uno o dos sectores, donde habían concentrado masas inmensas, sin adquirir aquel vuelo que caracteriza las operaciones de Hindenburg. La persistencia de sus esfuerzos sólo se observa en los Cárpatos, lugar donde los germanos les han dejado empeñarse, persuadidos de que nada podía ser más ventajoso a los imperios centrales que la inutilización de la masa enemiga principal contra los obstáculos naturales más fuertes que hay en los dos teatros de la guerra. Sin embargo, se ha de reconocer, en elogio de los rusos, que éstos, abandonando sus tradiciones y sus hábitos, han procurado constantemente conservar la iniciativa en sus manos, ejercitando la ofensiva. No es culpa suya si el éxito no ha coronado esta actitud.

En el teatro occidental no se ha visto todavía, por parte de los aliados, un propósito igual. El pensamiento capital que hasta ahora ha presidido la dirección de la guerra se resume en no perder terreno y esperar que la contienda se decida por la victoria de los rusos. Las batallas de Flandes, Champaña y altos del Mosa no han tenido más objeto—así lo han declarado los comandantes en jefe en sus partes oficiales—que facilitar la acción de los rusos, mediante la presión ejercida sobre los alemanes en el frente del oeste.

Para los alemanes no existe otro método de guerra que el de la ofensiva, y la instrucción y educación de las tropas, desde el jefe del Estado Mayor general hasta el último soldado, se inspiran en este principio, que ha arraigado en el alma de todos y

cada uno y ha llegado a formar parte de su naturaleza. En el ataque se encuentra el alemán en su verdadero terreno, como el ruso detrás de la trinchera.

Comenzaron la guerra los alemanes tomando la ofensiva en Francia y Bélgica, pero la hubieron de suspender por la rápida acometida de los rusos. Volviendo sus armas contra éstos, todavía ensayaron nuevos ataques contra franceses e ingleses, en Flandes; pero una vez convencidos de que era superior a sus fuerzas la doble campaña ofensiva, adoptaron un partido, que siguen con firmeza: destruir primero a los rusos, para caer luego sobre los aliados del O.

Meses de gran zozobra e inquietud debieron ser para ellos los del invierno, porque en tanto los franco-anglo-belgas no atacaron enérgicamente, era imposible saber con exactitud cuántos y cuáles cuerpos podrían ser empleados contra Rusia. De aquí que las campañas de Polonia (noviembre y diciembre) y Prusia Oriental (febrero) se encaminaran ante todo a destruir fracciones más o menos grandes del ejército enemigo, sin darles la amplitud estratégica de las operaciones decisivas; tendían a mellar y quebrantar el instrumento adversario, pero no a ponerlo de una vez fuera de combate. La situación en el O. seguía siendo una incógnita, y era menester que el tiempo la despejara. Y, efectivamente, el fracaso de la ofensiva francesa en febrero, marzo y abril, hizo desechas los temores que reinaban en el gran cuartel general, y la campaña empezada a preparar en marzo comenzó por fin: esta vez era la guerra contra Rusia, no ya en provincias esclavizadas, sino en las de sangre rusa.

Si esta campaña es coronada por la victoria, el ejército ruso quedará fuera de combate, y las masas alemanas se trasladarán al O. Sobrevendrá entonces la fase final de la guerra, pero los actos más interesantes habrán terminado ya. Prescinda, pues, el lector de si en el O. son los alemanes o son los franceses quienes toman una trinchera o avanzan 50 metros; la guerra está en oriente y de allí es probable que venga la luz que ha de disipar las sombras que entenebrecen el firmamento del mundo.

III.—La declinación del poderío militar en Rusia

Ya en febrero advertí al lector que el ejército ruso estaba medio destruido y que poco podía contarse con él para una violenta ofensiva; y mucho antes insistí en el error que suponía el llevar la guerra a los Cárpatos. La verdad es que no necesitaba ser profeta para comprenderlo, bastando un ligero conocimiento de la historia militar y de las características de los tres ejércitos allí empeñados. Si en este plan del gran duque mediaron consejos de sus aliados o aspectos de política internacional, el tiempo lo dirá; pero es indudable que para que la invasión de Hungría diera los apetecidos resultados, era menester tener cubiertos los dos flancos y abrigar la seguridad de inmovilizar a todo el ejército alemán del N. Por desgracia para los rusos, los hechos proclamaban todo lo contrario—quien ha leído estas crónicas lo sabe perfectamente—, y es más de extrañar que los moscovitas se internaran lejos de su país, en terreno difícil y excéntrico, y con pocas comunicaciones a la espalda, cuando las fortísimas líneas del

Vístula medio, el Narev y el Niemen, les daban gran facilidad para maniobrar sin el peligro de padecer descabros de consideración.

Ateniéndonos, empero, a los hechos, vemos que a medida que se debilita el ejército ruso, la estrategia de Hindenburg y Ludendorff amplía su vuelo. Si en agosto y septiembre se limita a libertar la Prusia oriental y deshacer al invasor, en noviembre y diciembre se extiende a casi toda la Polonia y repercute hasta la Galizia oriental; y en febrero, llega y abraza desde el paralelo de Tilsit a la Bukovina; ahora, se da jaque al enemigo en Kalvariya, al E. de Augustovo y de Suva'ki, al N. de Przasznisz, al O. de Varsovia, en el Dunajec, en los Cárpatos y en la frontera de Besarabia, mientras que al N. del Niemen un ejército, precedido por la caballería, que al fin ha encontrado la ocasión de montar a caballo, marcha rápidamente, atraviesa la punta de Lithuania, entra en Curlandia y se presenta a la vista de Riga.

Cualesquiera que sean las consecuencias de este hecho y el sesgo que tomen las operaciones, una conclusión se destaca, de una significación y elocuencia extraordinarias. Cuando los rusos van a ejecutar su postrer esfuerzo en los Cárpatos, para forzar el paso de Hungría, y en el momento mismo de desarrollar una ofensiva al O. del Niemen, o sea cuando la situación militar parece haber llegado a su punto crítico y demandar la concentración de esfuerzos de los alemanes para hacer frente al peligro que les amaga, a ellos y a los austriacos, Hindenburg rechaza a los cuerpos rusos del Niemen y el Narev, rompe la derecha enemiga de los Cárpatos, pasando el Dunajec y atacando de flanco el centro adversario, completa esta maniobra con los ataques de frente y por el otro flanco, y, como si esto fuera poco y antes de iniciar estas operaciones, lanza un ejército a las provincias rusas del Báltico. No espera, para marchar hacia Riga, que se haya despejado la situación en Polonia y Galizia; todo es simultáneo. ¿Qué quiere decir esto? Que Hindenburg está convencido de que le basta una parte de su ejército del E. (todo él, con más los austriacos, inferior al ruso, según antes se ha dicho) para derrotar al enemigo, y no vacila en empeñar el resto en otro teatro, lo cual equivale a decir que el inmenso ejército ruso está ya inutilizado y no infunde el temor que todavía hay quien pretende explotar con la pluma. La consecuencia es cierta, pero no sorprendente, porque el 20 de febrero escribí lo que sigue: «Cualquiera que sea la dirección que ahora tomen los ataques de los alemanes, el fin militar está conseguido: los rusos han quedado inutilizados en mucho tiempo, acaso para siempre, para nuevas operaciones ofensivas.»

Si la Providencia no depara a los rusos un genio militar, aquel ejército no figurará en lo sucesivo como instrumento de ataque capaz de inspirar serios cuidados; «es la declinación, que parece definitiva, del ejército ruso,» escribí en aquella crónica, y así fué. A la defensiva y bajo el amparo de sus plazas fuertes, podrán todavía los rusos continuar la guerra mucho tiempo, y aun ejecutar pequeños ataques; pero se les ha cerrado ya el vasto horizonte de la ofensiva estratégica. Para la resolución de la guerra, ha entrado la campaña en sus postrimerías. Se necesitaría un Napoleón para devolver a aquel ejército

la capacidad maniobrera, la confianza en la victoria, el espíritu de ardimiento y la voluntad de vencer; y necesitaría también completar los cuadros de oficiales y clases y reemplazar el material perdido.

IV.—La incursión alemana en el NO. de Rusia

Ansiosa debía de estar la caballería alemana de repetir las proezas y actos de audacia que demostraron a los que, cerrando los ojos a la realidad y no apartándolos de las páginas de algunos libros, sostenían que la caballería no iba a ser ya en lo futuro más que un *instrumento* del mando, que seguía siendo el *arma* de siempre si a su cabeza cabalgaba un buen jinete, dotado de las difíciles dotes que han de adornar a un jefe de caballería. Fué tan rápida la primera campaña de Bélgica y Francia, que apenas dió tiempo a que se mencionasen con el elogio que merecían las operaciones de la caballería alemana; cuando se empezó a ver en aquellos jinetes los dignos sucesores de los uhlanos (?) de 1870-71 y de los gloriosos escuadrones de Napoleón, la guerra de trincheras les obligó a apearse del caballo, para empuñar el fusil y batirse como infantes al lado de sus hermanos de armas, cortos en número a la sazón.

Se comprende el ardor y el entusiasmo que palpita ahora en los jinetes alemanes que cabalgan a través del N. de Lithuania y de Curlandia. Varias divisiones de caballería (de dos a cinco, el número no está bien establecido), desplegadas en amplísimo frente, se han lanzado adelante, apoyadas por la artillería a caballo, dejando muy atrás a la infantería, encargada de dar solidez y estabilidad a los éxitos de aquellas. No eran ciertamente muy numerosas las fuerzas rusas de aquellas provincias, pero estaban compuestas por tropas de las tres armas, a pesar de lo cual han sido batidas por la caballería del Kaiser. Se le presenta a ésta un vastísimo horizonte: destrucción de vías férreas, captura de almacenes, amenaza de las comunicaciones enemigas, dominación de pueblos y ciudades poco guarnecidos o mal defendidos, movimientos contra el flanco y retaguardia de las tropas rusas que acuden a oponerse al alud alemán.., todo el cuadro de las operaciones de la caballería está abierto en Curlandia, y seguramente será interesantísimo conocerlas en su día.

Siendo la misión de la caballería en estos conceptos despejar los obstáculos y llevar la intranquilidad y confusión al enemigo, no deben esperarse conquistas de plazas fuertes, ni grandes batallas, misiones que en todo caso recaerán sobre el grueso del ejército, que marcha detrás; pero el verdadero golpe contra el imperio ruso en las provincias del Báltico, que repercutirá hasta los Cárpatos, se deberá ante todo a los jinetes, que amagará en todas partes sin descubrir en ninguna la efectiva dirección de los ataques principales. Y si se encienden el desconcierto y la vacilación en el alto mando ruso, el primer objetivo quedará logrado.

Los alemanes se han apoderado de Libau, con el concurso de una escuadrilla de pequeñas unidades, teniendo de este modo asegurado su flanco izquierdo. La caballería, a vanguardia, se bate en la región de Mitau con los contingentes rusos reunidos allá a toda prisa, y se ha extendido en amplio frente hacia

el E., cortando algunas vías férreas. La infantería, que marcha detrás, aún no se sabe hacia donde se dirige.

V.—Objetivo probable de la invasión de Curlandia

Partiendo de que la resistencia de Rusia es inextinguible mientras se limite a la defensiva y a ceder terreno lentamente, y admitiendo que el ejército de aquel Imperio haya sido puesto fuera de combate o lleve camino de serlo, Alemania, para impener la paz, tiene que ejercer fuerte presión sobre los órganos vitales del país enemigo.

En las provincias del Báltico, las más sujetas en tiempo de paz a la influencia alemana, se encuentra casi toda la vida industrial y mercantil de Rusia; el comercio se efectúa casi exclusivamente por allí, cerrado como ahora está el Bósforo; la marina mercante ha encontrado refugio en los puertos de dicho litoral; y si el granero de Rusia y de Europa se halla en el centro del Imperio y en la región del mar Negro, los tubérculos y otros productos de primera necesidad se cultivan preferentemente en las provincias del NO.

De suerte que la invasión alemana tiende ante todo a privar a Rusia de aquellas fuentes de riqueza y prosperidad, sin las cuales no puede subsistir normalmente ningún país. A la vez, contribuye a la paralización del tráfico con los países escandinavos y a la muerte del comercio. En el concepto militar, corta las comunicaciones más directas con Petrogrado, y tiene la ventaja de operar en combinación con la escuadra, cuya presencia no se hará esperar si la invasión se sigue desarrollando sin obstáculos.

No es probable que Rusia se resigne a presenciar cómo caen en manos del enemigo las provincias del Báltico y se estrecha la salida que le pone en comunicación directa con el resto del mundo. Si desatiende el peligro, el mal puede adquirir caracteres gravísimos y llegar tarde el remedio. Necesariamente ha de contrarrestar el golpe; y como son escasas las tropas que aun están diseminadas en el interior del país el acto de Curlandia repercutirá en Polonia, y más al S., favoreciéndose la situación, ya favorable, de los austro-alemanes. Pero éstos no se mostrarán indiferentes ante la debilitación o retirada del adversario, y avanzarán a su vez entrando en territorio ruso. ¿Cómo agrupar y organizar rápidamente las fuerzas, cuando el adversario aprieta en todo el frente y ha tomado una delantera de consideración?

Un gran capitán no vacilaría: a los ataques de los austro-alemanes en los dos extremos de la inmensa línea, respondería con una ofensiva por el centro; acaso sobreviniera el desastre, pero también podría encontrarse la solución salvadora. Un gran capitán, sin embargo, no habría conducido la campaña como hasta aquí, ni, sobre todo, se metiera en los Cárpatos. Y cuando Hindenburg aventura sus tropas en tantos y tan apartados teatros, señal es que ha adoptado sus medidas para que abortara cualquier tentativa de ruptura del centro. La situación, pues, se presenta mal para Rusia.

Militarmente, se ha buscado la decisión de la guerra marchando sobre el ejército ruso desde el bajo

Niemen a las fronteras de Besarabia. Invadiendo el N. O. de Rusia se desea obtener los frutos de las campañas anteriores, lacerando los puntos vitales del Imperio y poniéndole en el caso de pedir la paz.

Las viejas capitales históricas no significan nada para Rusia, como aprendió Napoleón a su costa en 1812, ¿mostrará la misma indiferencia y hará gala de igual resignación el colosal Imperio, al ser heridos de muerte sus resortes económicos? Pronto lo hemos de ver, porque los sucesos van a desarrollarse ahora con una rapidez extraordinaria. En lo que es



El Bósforo

dado alcanzar a la previsión humana, antes de que medie el verano habrán ocurrido cambios radicales en la marcha de la guerra.

VI.—La campaña en Galizia y en los Cárpatos

En mi crónica del 18 de abril llamé la atención sobre el sector del Dunajec, y espuse en líneas generales la campaña que, a mi entender, iban a ejecutar los austro-alemanes: contener de frente al enemigo en los Cárpatos, y envolver sus flancos por Tarnov y Strij. Así ha sido.

Embebiendo en la línea de la cordillera algunos cuerpos, al lado de los austriacos, los alemanes pusieron término a los lentos avances de los rusos hacia las vertientes meridionales de los Cárpatos; inmediatamente, se pronunció un movimiento de flanco en la dirección de Strij y se asumió la ofensiva en la región de Uszok, llamando la atención de los rusos hacia este lado, realmente muy peligroso para ellos. Entonces es cuando el general von Mackensen, el vencedor en las batallas de Polonia, pronunció su ofensiva desde el Dunajec.

Esta maniobra se ejecutó en dos direcciones principales: por el bajo Dunajec, junto al Vístula, se comprometió la posición de los rusos en el bajo Nida, dejando su flanco izquierdo al descubierto; por Gorlice, hacia Jaslo, se movió a la espalda de las masas rusas que peleaban en los Cárpatos occidentales, poniéndolas en una situación difícil. El terreno llano y despejado, se prestaba a las maniobras de las tropas, así que fueron rotas las líneas de defensas que había organizado el cuerpo ruso encargado de proteger las operaciones en las Cárpatos occidentales. Roto este frente que formaba martillo en retirada, y habiendo penetrado los alemanes por los dos extremos de la línea del Dunajec, no quedaba a los rusos otro partido que retroceder hacia el E., para no perder el contacto con las tropas de los Cárpatos. En estos, los pasos que conducen a Bartfeld fueron atacados también, y el invasor tuvo que batirse en retirada. Dispone aun de una buena línea de defensa, el San, pero aunque lograra sostenerse en ella, la campaña contra Hungría ha terminado. Para reanudarla sería menester rechazar al ejército alemán del Dunajec y paralizar definitivamente los ataques de los austriacos en Uszock y hacia Strij.

Los alemanes se han apoderado de toda la orilla derecha del Dunajec, han atravesado la parte alta del Visloka, el pueblo de Dukla ha caído en su poder, y, como consecuencia, el paso del mismo nombre ha tenido que ser evacuado precipitadamente por los rusos. De suerte que la línea ofensiva alemana avanza mucho más deprisa en la región de los Cárpatos, en las faldas septentrionales, que cerca del Vístula; ello se debe: 1.º a la presencia de fuertes masas enemigas en la izquierda de dicho río, cerca del Nida, que podrían amenazar el flanco del vencedor si éste no cuidara, en su avance, de asegurarlo fuertemente en el valle del Vístula; 2.º a que en la región montañosa las comunicaciones rusas eran muy deficientes, lo cual movió a la inmediata rápida a las tropas que se encontraban en la vertiente N. de los Cárpatos, así que se vieron amenazadas de flanco; 3.º a ser más fácil la llegada de refuerzos rusos al sector comprendido entre el San y el Visloka que al de los Cárpatos. Por estos motivos, el general von Mackensen progresa metódicamente y sin prisas en los llanos de la Galizia occidental, mientras que apresura la maniobra en las montañas. De no haberse encontrado los rusos junto al Nida, es seguro que el eje de giro, en vez de ser el ala izquierda alemana, fuera la derecha, para cortar la salida al enemigo y destruirlo. De todos modos, la escasa porción de la vertiente S. o húngara de los Cárpatos que estaba en poder de los rusos, ha sido abandonada por ellos, que no conservan más que uno solo de los pasos importantes de la cordillera, más para prevenir el desastre que sobrevendría del avance de los austriacos de frente, en combinación con las tropas de Mackensen y las del sector de Strij, que por tener esperanzas, que ya no abrigan, de repetir la tentativa de invasión de Hungría.

La batalla está en pleno desarrollo; hacia Strij, los rusos oponen una resistencia desesperada, y hasta ahora contienen a los austriacos, cuyos contingentes son los indispensables para llevar a cabo una diversión, considerada como esfuerzo principal por los rusos; si también fueran batidos finalmente en Strij, la de-

rrota sería inmensa, tendría el alcance de una catástrofe. En los primeros nueve días de lucha, los austro-alemanes han apresado 70.000 rusos y cogido un botín de guerra que aún no se puede precisar. Que las consecuencias materiales de esta victoria sean completas, depende de las reservas de que pueda disponer Mackensen para no perder el contacto con el enemigo y empujarlo sin dejarle descansar; tardaremos algunos días en saberlo.

VII.—La campaña en el teatro occidental

Entre las mayores sorpresas y hechos más inesperados, y no son pocos, que nos está ofreciendo la guerra, figura en primer lugar la ofensiva alemana en Flandes, en el sector de Ipres.

esfuerzos en aquel distrito, relativamente excéntrico? Porque coincidiendo con esta batalla de Flandes, vuelve a activarse la lucha entre el Mosa y el Mosela, con resultados desgraciados para los franceses, de donde ha de colegirse que el centro alemán es débil, toda vez que está fuera de duda la gran superioridad numérica de los aliados en el teatro del oeste.

A distancia, no se encuentra otra explicación que el ascendiente moral y la energía del mando que imperan en el campo alemán; y no debe haber otra razón, si se considera que en Flandes hay empuñados en combate, o dispuestos a intervenir en él, medio millón de ingleses y 120.000 franceses, aparte de los belgas, según declaración de los mismos interesados, comprobada por los partes oficiales de las operaciones. Me resisto a creer que los alemanes



Efectos abandonados por los rusos en los campos de batalla de Augustovo

Largos meses han permanecido los alemanes a la defensiva en el oeste; como norma general, puede decirse que no han salido de sus trincheras más que para completar, por un enérgico contraataque, el fracaso de los asaltos enemigos. Y cuando la acción de los ejércitos aliados imperiales adquiere todo su desarrollo en Rusia, exigiendo la presencia en aquel teatro de la masa principal de tropas; cuando los ingleses han terminado el desembarco de sus refuerzos, que han elevado sus contingentes en Flandes a 36 divisiones de infantería, con la debida proporción de tropas de las demás armas (unos 550.000 hombres en total); y cuando es indudable la concentración de fuertes núcleos franceses en los altos del Mosa, o sea en la ocasión que parecía más crítica para los germanos y menos favorable para sus ataques, emprenden una violenta y perseverante ofensiva, que se prolonga días y días, en el sector de Ipres. ¿De donde sacan fuerzas los alemanes y cómo no temen debilitar otros puntos de su línea haciendo converger sus

dispongan de igual número de soldados en aquella región, pues de admitirlo, y aun suponiendo que el resto de la línea estuviese flojamente guarnecido, se encontrarían en el frente del oeste dos millones y medio de alemanes.

Como quiera, es lo cierto que si en las primeras jornadas de Ipres pudieron encontrar los ingleses motivo para achacar a la retirada de los franceses el retroceso de las líneas británicas en la batalla de Langemark—aunque el descalabro se debió al repliegue de la división canadiense, que perdió la mitad de su efectivo—, les está vedado decir lo mismo de las derrotas al E. y S. O. de Ipres, lugares ocupados exclusivamente por los ingleses.

Desde el 22 de abril, que se inició la ofensiva alemana en dirección a Lizerne, hasta el 8 de mayo, han transcurrido dieciseis días, tiempo más que sobrado para que los aliados llevaran copiosos refuerzos al punto atacado; no obstante, prosiguen los éxitos de aquellos. La pérdida de la altura 60, cerca

de Klein Zillebeke, de importancia puramente local, a cuya conquista atribuyeron los ingleses un interés excepcional, desde luego exageradísimo, ha producido grande impresión en la Gran Bretaña, impresión injustificada a todas luces. Este es el inconveniente de abultar los éxitos, porque si se tornan luego en fracasos, ha de atribuirse a éstos las mismas proporciones que se dieron a los primeros.

Por ahora es muy prematuro hablar de la toma de Dunquerque y Calais. El primer objetivo alemán, contra el que concentran sus operaciones, es Ipres; tomado este punto y ganado el libre paso sobre los dos canales que en él concurren, sería poco envidiable la situación del extremo izquierdo de los aliados y no costaría mucho a los alemanes posesionarse de casi todo el resto de la costa belga.

La batalla de Flandes comenzó, como es sabido, por el avance en todo el frente Poelcappelle-N. de Bixchoote, dando por resultado alcanzar el canal desde Steenstraate a Het-Sast; en Langemark fué rota la izquierda de la división canadiense y la línea francesa tuvo que replegarse. El vencedor cruzó el canal y se apoderó de Lizerne, recobrado y perdido varias veces por los franceses, que se batieron con furia, quedando por fin en manos de los alemanes, así como una cabeza de puente, que atrincheraron, en la orilla O., frente a Het-Sast. Después de esta primera batalla, el frente se extendía por Pilkem y el N. de Saint-Jullien, donde recodaba al S. en dirección a Klein Zillebeke; el saliente de Saint-Jullien, mal apoyado lateralmente, fué objeto de la siguiente acometida alemana, y cayó también en su poder. Envuelta así la posición de Ipres por el N., para flanquearla por el S. era menester ante todo apoderarse de la altura 60, que domina el terreno a su alrededor: el ataque no se hizo esperar, pero con el objeto de impedir que los ingleses apoyaran con la artillería de los sectores laterales a los defensores de la colina, se dió mayor vuelo al avance, extendiéndolo desde Gheluvelt a Hollebeke; el éxito coronó esta previsión, porque no sólo la altura 60, sino el sector del Norte y el del S. fueron tomados por los alemanes. Envuelto Ipres en un semicírculo de fuego, los ingleses no han tenido más remedio que rectificar su línea, acercándola a aquella población.

No renunciarán a su posesión, que es el mejor nudo de comunicaciones de la comarca, y es probable que extremen sus esfuerzos y procuren desalojar al enemigo de las posiciones que ha conquistado. El ataque de frente, desde el centro, ha de tropezar con muchas dificultades al desembocar, por que los fuegos de la artillería alemana son convergentes. Más probabilidades de éxito tendría una acción por el S. (por el N. las inundaciones, que se van reduciendo, impiden los movimientos de grandes masas), pero en Lille tienen los alemanes fuertes reservas, que acudirían prontamente al campo de la lucha.

En la actualidad la línea alemana forma algo más de una semicircunferencia alrededor de Ipres, de donde dista de 3 a 6 kilómetros, extendiéndose desde el S. de Pilkem hasta cerca de Saint Eloi. Los combates no han cesado, y es de esperar que si los ingleses no están faltos de municiones, no tardarán en tomar a su vez la ofensiva; a ello les ha de mover, no sólo la importancia de la posición, sino el amor propio nacional y la necesidad de que no se deprima el espíritu público en la Gran Bretaña.

Para oponerse a los avances de los alemanes en Ipres, los franceses han atacado resueltamente las líneas enemigas más al S., en la región de Arras, pero sus esfuerzos no han tenido éxito, comprobándose una vez más la extraordinaria resistencia de las posiciones defensivas alemanas y la resolución que ponen las tropas invasoras en el mantenimiento de las trincheras que ocupan.

VIII.—La situación el 10 de mayo

En el Cáucaso siguen los combates siempre en los mismos puntos, lo que denota que los rusos, y lo mismo los turcos, tienen escasas fuerzas en aquel teatro.

Nada se sabe con certeza de lo que acontece en los Dardanelos, donde la flota aliada ha reanudado el bombardeo de los fuertes turcos. Los dos bandos se atribuyen la victoria. La impresión general y que parece más aproximada a la verdad es: 1.º que los franceses salieron mal parados de su primera tentativa de desembarco en la punta asiática, y tuvieron que repetirla con mayores fuerzas, sin que, empero, hayan ganado terreno; 2.º que la columna australiana no pudo desembocar de Gaba Tepé, y ello ha sido causa de que se haya efectuado un nuevo desembarco algo más al N.; 3.º que la columna inglesa en la punta europea, se ha afirmado en la costa y ha iniciado el avance, lentamente, porque tropieza con muchas dificultades. Los dos ejércitos turcos que se oponen a esta empresa de los aliados, están mandados por los generales alemanes von der Goltz y Liman von Sanders.

El contratorpedero británico *Maori* (1.000 toneladas), que se acercó a la costa belga, fué echado a pique por la artillería alemana instalada en Zeebrugge.

Los dirigibles alemanes han volado repetidamente sobre el litoral inglés, lanzando bombas sobre algunas poblaciones.

No ha habido nuevas operaciones en Mesopotamia, ni en Siria, ni en la región del canal de Suez, ni se advierten síntomas de un desembarco en Esmirna.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

10 de mayo 1915.